

LOS SUCEOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse
se al Apartado de Correos 347.

NOTAS DE LA SEMANA

La actualidad de esta semana son los teatros. La campaña teatral ha empezado en muchos de ellos, en los de batalla, como son Apolo, Eslava, Lírico, Cómico, Novedades, Cervantes y algún otro.

Pero ha empezado como terminó, casi con el mismo personal.

"Todo está igual.
Parece que fué ayer..."

Aquí la experiencia no sirve de nada. Los empresarios no aprenden a ser empresarios, ni aun perdiendo muchos miles. Por lo visto, atribuyen a una fatalidad de la suerte el pésimo resultado de sus campañas, nunca a su desacierto en la combinación del espectáculo, a su evidente ceguera en materias artísticas, a su falta de originalidad y de ideas para conquistarse al público, y a su gestión torpe, equivocada y poco inteligente.

No luchan, no piensan, no torturan la imaginación para asegurar el negocio. Lo dejan todo a la suerte, a la casualidad, al azar. Eso, cuando no se entregan, para más comodidad, en brazos de un amigo o una camarilla de ambiciosos o apasionados, que acaban de estropearle el negocio.

En Madrid no hay empresarios de espectáculos, no hay ningún Ducacal.

En Madrid los "Cines" se comerán a los teatros.

¡La merienda ha empezado!

En un periódico de gran circulación, un simpático periodista y autor, hizo días atrás "sensacionales revelaciones" sobre la hora de terminar las funciones.

No pedía que se derogara esa disposición arbitraria y ridícula, que no conduce a nada práctico ni útil. Pedía sólo que se solucionara la dificultad de terminar a las doce y media, disponiendo que no se consintiera al público el derecho a pedir la repetición de los cantables de éxito.

¿Verdad que parece extraño que eso lo diga un autor cómico?... ¿Verdad que esa solución es digna hermana de la empleada en la transformación de los Consumos, que ha sido un disparate?...

Yo siento que sea un amigo mío el que haya lanzado esa heregía, que carece de la lógica y perjudica por

igual a autores, empresarios y público. ¿No sabe el aludido que el público va con frecuencia por un solo número, que se complace en oír repetidas veces?...

¿No ha visto que el entusiasmo producido por una partitura ha llenado casi siempre un teatro con gran regocijo de la empresa, que le gusta ver que repiten los números?...

¿Ignora que esas repeticiones son el éxito que hace centenarias las obras y las populariza por todas partes?...

Eso por un lado, que es el que más

quema para el escritor que en lapsus tan garrafal incurrir, porque por otro, cabe todavía preguntarle:

¿Ignora el "dicente", que hay una disposición del ministro, de fecha no lejana, que amplía hasta la una de la madrugada la hora de terminar los espectáculos?...

Y perdónese el "pateo", que en esta su última hora de periodista recibe el simpático escritor. Lo que yo quiero es que no los merezca en las que estrene. ¡Se lo juro!

FEDERICO HERRERA.



A BORDO.—El camarero: —¿Quiere usted algo para su señora?

El pastor protestante: —¡Si no es mi mujer! ¡Si no sé quién es este encanto de criatura!

Ayuntamiento de Madrid

- Hay que crear una nueva policía y deshacer la actual. -

A todas las cosas les llega su hora. Hay una hora en que demoler y otra hora en que edificar.

Ha llegado la hora de demoler, de deshacer nuestra policía, dicen los



yankis, y la hora de fundar una nueva por completo, sin rastro de la anterior; nueva en su personal, nueva en su organización, nueva por completo, sin que quede un solo microbio de la podredumbre anterior.

Nuestra ambición, nuestra inmoralidad, nuestra asombrosa hipocresía, nuestra indiferencia, son la causa del mal que nos corroe.

Ha sido necesario que la policía asesine á Rosenthal para que se haga la luz y se empiece á ver claro.

La indignación del público decente de Nueva York es grande. Todos claman justicia y á medida que se van descubriendo las llagas y las inmundicias, el pueblo pide el castigo ejemplar, castigo del que quizá no se libre nadie: el político, el encubridor, el gancho, la celestina, el ladrón, el criminal, todos los que han vivido en tan pestífera atmós-

fera, causa de la muerte de Rosenthal, han de ser castigados.

Hay que deshacer la actual policía y fundar otra con materiales nuevos, de lo contrario, al cabo de poco, volveremos á tener á toda la institución viviendo de la infamia, explotando á las mujeres, á las casas de juego, á las tabernas, á los garitos, á rateros, ladrones y criminales, que triunfarán y vivirán á espensas de la seguridad y de la moral públicas.

Esta misma Policía dió grandes escándalos en 1894 y en 1899. Trein-

loney, y puedo asegurar que no hay diferencia entre la de los otros estados y la de Nueva York. La diferencia está, en que en la gran ciudad hay más recursos, más vicio, más sitios de donde sacar dinero, y el único remedio que á esto se le puede dar, es el absoluto divorcio de la Policía con la política.

La gente dice que la Policía está al servicio del público, y ésto es meramente una frase.

La Policía, en efecto, debiera ser la servidora del público, pero es todo lo contrario, son los amos públicos, que hacen de la ley lo que quieren. La ley les sirve para sus fines políticos ó para acaparar y para robar dinero.

Nuestros policías de hoy día no son los agentes de la ley, son los intérpretes de ella y la interpretan á su gusto, contando con la salvaguardia de la hipocresía del pueblo.

Mientras esta hipocresía continúe, continuará la corrupción de la Policía.

Es necesario que toda la Policía de todos los estados se reorganice y que se reorganice militarmente, no políticamente.

Las pestíferas ratas que minaban é infestaban los cimientos del departamento de Policía, serán las que con la luz hecha por un terrible asesinato, contribuirán á que se levante un nuevo edificio, de donde salga una Policía decente, una Policía verdad, después, de haber aniquilado á los roedores que deshonraron á un pueblo y explotaron las más viles cloacas de la nación, en su provecho.

Es necesario una Policía militarmente organizada, independiente, dirigida por un hombre honrado, cuyas decisiones sean definitivas, al cual no puedan llegar influencias políticas, chismorreos caciquiles, etc., etc. Es necesario que el jefe de Policía, tenga un salario dos ó tres veces mayor que el de la actualidad, que le permita vivir independiente y al abrigo de toda tentación ó soborno. Hasta ahora, todos los jefes, subjes, inspectores, etc., hasta los agentes, han sido malos. Los pocos honrados,

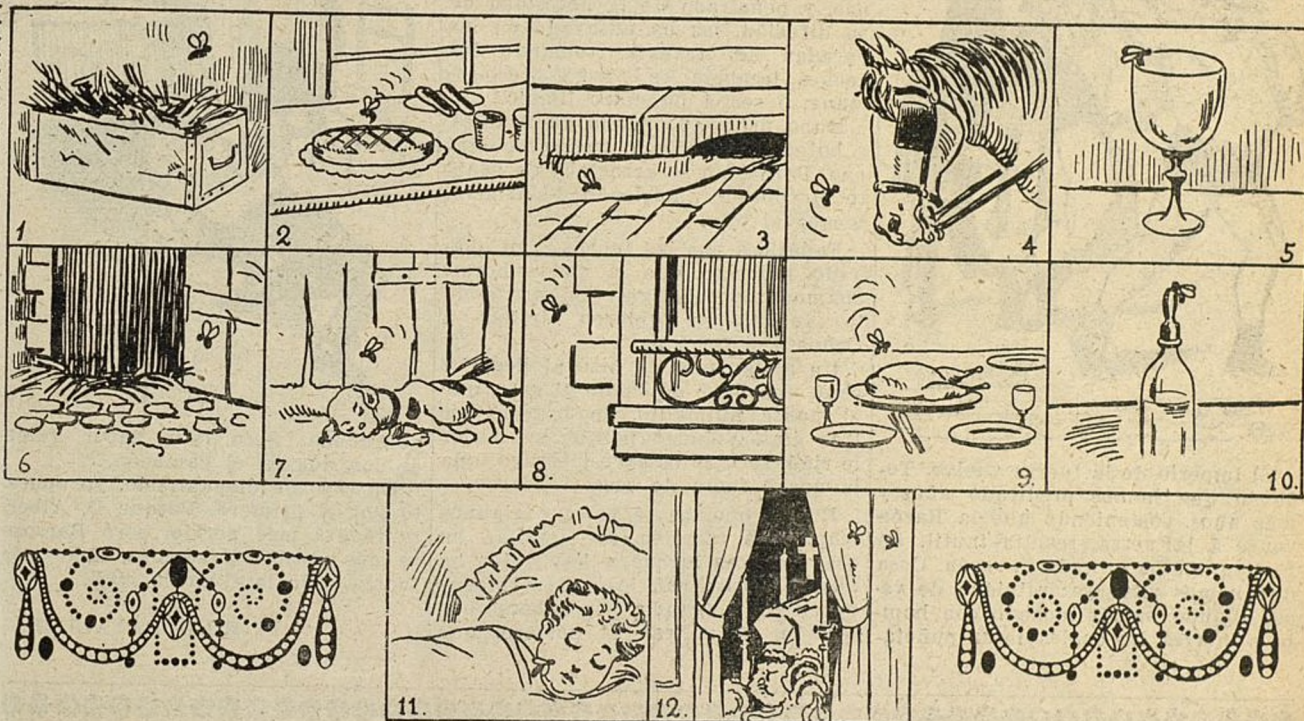
Los roedores que minaron el cuerpo de Policía, contribuirán á formar una nueva, sólida y moral.

han presentado la dimisión asqueados, ahogados por las náuseas cuando se han enterado del centro en que vivían. Hasta ha habido quien no contento con separarse del Cuerpo, se ha suicidado por haber pertenecido á la Policía de Nueva York y haber deshonrado el nombre de su familia y no poder soportar el recuerdo de haber llevado el infamante uniforme.

Sea como fuere, es necesario hacer un esfuerzo y hacer una nueva Policía, y para tener un departamento de Policía libre é independiente, tenemos que empezar por cortar los tentáculos con que la política la tiene sujeta. Solamente siendo la Policía libre é independiente, podrá hacer que se cumplan las leyes tal y como están escritas. Solamente así, haciendo que las

leyes se cumplan, por duras que sean, podremos moralizar al pueblo y satisfacer las justas aspiraciones de la parte honrada de la nación, y hacer que la hipocresía, la ambición y la moralidad, verdaderas causas de tanta podredumbre, decrezcan, disminuyan y, á ser posible, desaparezcan con el tiempo. Así, y sólo así, podremos aspirar á tener un día un Gobierno de leyes.

CÓMO PASO EL DÍA



Una mosca cuenta lo que hace en un día.

1. Después de haber pasado la noche en un cajón de basuras, bien llena de microbios y de porquerías...

2. Entro en una pastelería donde me desayuno ricamente y baño de inmundicias, tartas, pasteles y dulces.

3. Luego voy á refrescarme y beber un trago de agua en una alcantarilla.

4. Y voy á darme un paseito por las llagas y mataduras de un caballo; hecho lo cual,

5. Voy á hacer ejercicio alrededor del borde de un vaso.

6. El olor de una cuadra me atrae y entro. Me revuelco en el estiércol y en un rincón

7. Veo un perro muerto y medio podrido el cual recorro y me impregno bien de todas las porquerías que tiene encima.

8. Encuentro un balcón abierto. La casa tiene buena apariencia y entro.

9. La mesa está servida, pruebo de todo y en todos los manjares dejo gérmenes pestíferos.

10. Como tengo sed y encuentro

un biberón me poso en la tetilla, chupo unas gotas de leche y dejo unos cuantos microbios.

11. Luego me paseo por la cara de un niño que duerme tranquilamente. En su boquita me he hecho un lavado y he dejado allí porción de porquerías.

12. Pocos días después pasé por la misma casa, ví media puerta cerrada, y por el balcón donde me asomé, un ataúd y cuatro velas.

Allí estaba el cadáver del niño. Era una de mis muchas víctimas. Yo le maté.

LA VIDA EN BROMA

¡El hombre no es débil!

Se nos ha metido por las puertas, sin comerlo ni beberlo, un espectáculo nuevo: Las luchas greco-romanas, que acabarán por apasionar más que las luchas políticas. Esta frase no es mía; es de un diputado de la mayoría. ¡Que conste!



El Imperio de la fuerza vuelve. Todo lo que hemos predicado años y más años, sosteniendo que la Razón vence a la Fuerza, resulta inútil. La Fuerza nos ha quitado la razón. Cosa que hemos visto ya infinidad de veces cuando hemos luchado con hombres fuertes, los cuales de un puñeta-

zo nos han quitado la razón y saltado las muelas.

Pero es el caso que ahora esas luchas constituyen un espectáculo curioso, animadísimo y sensacional, como ha ocurrido en la Ciudad-Líneal estos días, donde por una copa, (¡ya ven ustedes qué poca cosa!) se han agarrado á reñir á brazo partido diez hombres como diez castillos. ¡El que menos del tamaño de Aguilera!

La gente ha entrado de lleno en estas luchas, que llaman greco-romanas, y penetrada de la necesidad de su difusión, las ha ensayado en las paradas del tranvía, tomando los coches también en forma greco-romana, ó sea á puñetazo limpio.

Hubo presas de cuello admirables, y bofetadas de cuello vuelto soberanas. Pero todo se arreglaba en cuanto el cobrador, haciendo de árbitro, tocaba el pito.

Fanáticos por las luchas, han quedado muchos, que á todas horas, enamorados del vigor y destreza de los luchadores, quieren imitar á Ochoa y á De Riaz.

Un amigo mío, le hizo al llegar á casa una llave de cuello al gato, que el pobre animalito no pareció en tres días, y luego porque su mujer le riñó, recogió la llave y estuvo toda la noche fuera de casa.

En las oficinas sé yo que algunos empleados también se ejercitan en esas exóticas luchas, y hay quien ha vuelto á casa con los codos rotos y una oreja colgando, por haberse empuñado en voltear al portero, que

ha sido mozo de carga y es gallego. Las luchas greco-romanas, están por lo tanto, de moda. La fuerza y el vigor recobran su primitivo imperio. Los hombres débiles y sin músculo estamos de más. Weyler debe dimitir.

Barroso y Aguilera, están de en-



horabuena. Pero falta saber quién de los dos es el campeón.

En caso de disputárselo, yo apuesto por el primero. Porque D. Alberto tendrá más nervio, pero Barroso es más pesado. Y además, tiene más fuerza... de la Guardia civil.

F. ROIG BATALLER

¿Dónde está la gente?

El rompecabezas de este verano.

Ni en Santander ni en Gijón, ni en San Sebastián, ¡caray! ha habido la animación que todos los años hay.

Me he visto en la Concha solo, y solo está el Sardinero, como la sala de Apolo está en la Cuesta de Enero.

¿Dónde diablos se ha metido este verano la gente, se pregunta sorprendido hoy todo bicho viviente?

¿Adónde demonios fué á pasar el veraneo

esa gente rica que en las playas siempre veo?...

¿Es que en los montes se interna ó es que en los pueblos se zampa?
¿Se la llevó la galerna
ó se la llevó la trampa?...

¿Es que emigró á la Argentina, ó que marchó al extranjero, ó es que ha comprado una tina para no gastar dinero?...

¿Veranearán en Lisboa como Muñoz (Don Eduardo), ó estarán en la Moncloa, Pozuelo, Pinto ó El Pardo?...

¿Seguirán el paso incierto de Moret (Don Segismundo) y estarán en el Desierto haciendo reír al mundo?...

¿Sabrán que en San Sebastián se juega, y habrán huido

porque á todos los que van les cuesta el juego un sentido?...

¿Habrán buscado el reposo de algún pueblo pequeñito donde no ver á Barroso ni oír hablar del "Gallito"?...

¿Se habrán trasladado á Ostende huyendo, como es razón, para librarse de "El Duende" y del furor del cupón?...

¿Quién sabe dónde se habrán metido los que, hasta ayer, han ido á San Sebastián, á Gijón y á Santander!...

Sus rastros, cual polizante, he buscado, y á fe mía que soy un gran policía... Pero los perdí en el Monte... de Piedad la mayoría.

PIO GRACO.

EN BUSCA DE MARIDO



Mas un día, en el baño, vió á su dueño adorado
De una actriz de gran nombre ya más que enamorado.
—Ahora verás—se dijo—; esto ya se acabó.
Para burlas y guasas me pinto sola yo.

Un buen día, en la playa, la artista se bañaba,
Y la viuda, allí cerca, atenta la observaba.
El oficial quería á las dos atender,
Y la viuda pensó: —Me vals á conocer.



A orillas del Adriático, en una playa hermosa,
Fué á pasar unos días nuestra viuda preciosa,
Pensando allí, tranquila, á la orilla del mar,
De sus mil emociones tranquila descansar.

Era el lugar tranquilo, apacible, sencillo;
La viuda era modesta, sosegada, sin brillo.
“Aquí descansaré de aventuras galantes;
Aquí nada de amores, ni faustos elegantes.”

Mas como en todas partes, el pícaro Cupido,
Jugueteón y travieso, picaruelo, bandido,
Sabe hacer de las suyas, lanzó un dardo fatal,
Y la viuda prendóse de otro apuesto oficial.

El oficial, muy pronto se mostró decidido
A llevarla al altar, á hacerse su marido,
Y las cosas llevaban un giro ya normal.
Era cosa de poco; era cosa formal.

Elegante la actriz, luciendo el cuerpecito,
Correteaba en la playa. La viuda lanza un grito
Y le dice: —Señora, os cedo mi galán,
Que en segundo lugar jamás no me verán.

“Mi elegante soldado, militar aguerrido,
Seréis el novio de esa, pero no mi marido.
Quiero un hogar modelo, como nadie soñó,
Con una sola Eva, y esa he de serlo yo.”

FERS.

EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

—Mi querido duque: al recorrer su país y estudiar sus instituciones, he tenido la satisfacción de observar que cuanto me acaba usted de decir es completamente exacto. Convengo con usted en todo, absolutamente en todo lo que la justicia inglesa me acaba de decir. Podían ustedes dar al Japón y á la inmensa mayoría de las naciones lecciones sobre la administración de justicia y la rectitud y moralidad de sus jueces. Bien es verdad que en otras naciones, por ejemplo, en...

—No importa ahora lo que pasa en otros pueblos—le interrumpió el duque con gravedad. No le he llamado á usted para entrar en discusiones sociales ni políticas; le he llamado para que se haga cargo de la situación en que yo, amo de la casa, se encontraría si uno de sus distinguidos huéspedes, de los más distinguidos, el príncipe Maiyo, cayera bajo la acción de la justicia. Todos los lazos de la hospitalidad serían insuficientes para protegerlo; me encontraría con las manos atadas; no podría hacer nada por él.

—De nuevo, mi querido duque, vuelvo á ser de su parecer. Es más que razonable que el extranjero en vuestro país esté sujeto á vuestras leyes.

—Perfectamente—continuó diciéndole Devenham—. Ahora podemos hablar, puesto que nos entendemos.

Hoy por la mañana, un magistrado de Londres extenderá la autorización para que la Policía registre desde el desván á los sótanos todos los rincones de su casa de la plaza Saint-James, y esta tarde irá allí un inspector del Scotland Yard á esperar su regreso de usted. Este policía asegura que tiene testigos que pueden identificar su persona, y le acusan de haber faltado á las leyes del país. Yo, príncipe, nada le pregunto; nada quiero saber. Ya sabe usted dónde está el teléfono; mi automóvil espera listo á su disposición, á la puerta del castillo. Tengo entendido que un crucero japonés está con las máquinas preparadas en el cercano puerto de Southampton. Si hay algo más que buenamente pueda hacer por usted, lo haré con mil amores; no tiene usted más que abrir la boca.

El príncipe sacudió la cabeza lentamente, y replicó:

—Mil gracias, duque, por todas sus ofertas y su buena voluntad; pero puede usted hacer que se retire su automóvil, á no ser que sea más rápido que el mío y que pueda llevarme en menos tiempo á Londres. Lo que yo he hecho, hecho está. Por lo que haya que responder, responderé.

El duque puso sus manos sobre los hombros del príncipe, y exclamó, mirándole fijamente:

—Maiyo. Hemos llegado á tenerle á usted verdadero cariño en la fami-

lia. Todos le queremos, mi mujer, mi hija y yo. No queremos, por consiguiente, que le suceda nada malo; pero el embajador americano está hurgando constantemente, está echando leña al fuego, y no deja un momento que se abandone el asunto, y está siempre ojo avizor. Creo que ya lo sabe todo, ó, por lo menos, gran parte de la verdad. Pues bien, príncipe, por nosotros, por los que tanto le queremos, por los que le agradecemos su amistad, por las sabias lecciones que nos ha dado, en agradecimiento á lo mucho que le queremos, yo, en nombre de todos, le suplico, príncipe, que acepte mi automóvil, y en media hora está usted en Southampton, y todos tranquilos.

El príncipe sacudió la cabeza; en sus labios se dibujó un gesto de amargura, que quería ser una sonrisa, y apretando fuertemente la mano del duque, le dijo:

—Le repito las gracias, mi buen amigo. Ustedes ven las cosas de muy distinta manera que yo; mejor dicho, que nosotros, los japoneses. Acuérdesse que, conforme la filosofía europea, la vida es lo más grande del mundo... Para nosotros, es todo lo contrario; la vida es lo último. Si usted quiere complacerme, querido duque, me puede hacer un favor.

—Diga, ordene, y será hecho al momento—dijo el duque.

—Pues mande usted que todo esté preparado para que pueda partir para Londres dentro de media hora.

CAPITULO XXXII

El sacrificio.

Era curioso observar lo mucho que impresionó á todos en la casa la decisión del príncipe.

Al principio, habían convenido en que el duque Havilaud, sir Edvard y el príncipe partirían en el automóvil del duque, y el del príncipe les seguiría con el equipaje.

La duquesa, á quien repetidas veces se le habían llenado los ojos de lágrimas, desde que su marido le contara lo que ocurría, quiso ir con ellos á Londres. Lady Grace se empeñó en acompañar á su madre, y Penélope, que ya estaba vestida de viaje, insistió en sumarse á la comitiva. No habían dado aún las diez de la mañana, y los dos automóviles corrían veloces camino de la capital.

El príncipe y lady Grace, sentados en el testero, tenían enfrente á Havilaud y al duque. Nadie parecía tener ganas de hablar. El duque y Havilaud cruzaron unas palabras sin interés, que no lograron encauzar la conversación. Lady Grace, pálida y desencajada, se recostó en los almo-

hadones, cerró los ojos, y ni siquiera respondía cuando se le dirigía la palabra. El príncipe era el único que parecía alegre; no se notaba en su aspecto la menor emoción. Parecía que realmente iba gozando de la hermosa mañana de primavera, y saboreaba, aspirando con gusto, la suave brisa cargada de aromas de violetas y madreselvas.

Lady Grace, aunque parecía llevaba los ojos cerrados, no quitó la vista de la cara del príncipe un solo momento.

En el otro automóvil, Somerfield hacía los imposibles por distraer á los demás viajeros, charlando y riendo.

—Después de todo—dijo, dirigiéndose á Bransome—, no sé por qué hemos de estar todos con la cara larga y el corazón oprimido. Si la política tiene razón y el príncipe es, en efecto, un criminal, no veo por qué—repito—hemos de estar tristes, ni siquiera simpatizar con el asesino.

Claro que en el Japón eso no tiene la importancia que aquí. Pero estamos en Europa. ¡Caramba con el príncipe! Además, él lo ha querido, pues que se atenga á las consecuencias.

Entonces, Penélope, que no había desplegado los labios desde que salieron del castillo, le dijo al barón:

—Si continúa diciendo sandeces, mi querido Carlos, me veré en la precisión de suplicar á la duquesa que pare el automóvil y te deje enmedio del camino.

Somerfield soltó una gran carcajada, sin gracia alguna y por disimular la rabia, y replicó:

—Pues chica, me dejabas lucido; con lo poco que á mí me gusta andar y á dos leguas y media de la estación más cercana; ¡que no te dé por ahí, alma mía!

Penélope se encogió de hombros, diciendo:

—Me tiene muy sin cuidado que te cansaras ó no. Ni hoy, ni nunca, me importa lo que te puede pasar.

Después de esto, Somerfield empezó á mirar al cielo, á uno y otro lado, y todos callaron.

Al poco tiempo, llegaban á los alrededores de Londres, y antes de las doce, los dos vehículos, casi á la par, cruzaban el puente de Battersea.

—Ya ven ustedes la hora que es—dijo el príncipe. Hemos llegado antes de lo que nos proponíamos; así, pues, si no tienen ustedes inconveniente, yo tendré sumo placer en que vinieran á mi casa, aunque sólo fuera por un cuarto de hora. Mañana, ya será tarde, y la casa estará levantada, y quiero que hoy, como despedida, vengan, y cada uno se lleve uno de los objetos artísticos que allí tengo, como recuerdo. Aquí, y en todas las capitales del mundo, se venden muchos artículos

de laca, bronce y marfil, que dicen son japoneses, y no son más que imitaciones hechas en las fábricas europeas. Yo deseo que todos ustedes tengan un verdadero objeto artístico del Japón, para que alguna vez se acuerden de mí, algo hecho por las manos de mis compatriotas.

Por unos instantes, el duque permaneció indeciso, sin saber qué contestar.

—Tenemos tiempo, duque—repitió Maiyo—; no se apure usted. Aun no es la hora.

Pocos minutos después, llegaban a la plaza de Saint-James, y se apeaban delante de la casa del príncipe.

No se notaba nada en el exterior. Aun no había llegado el juez con la Policía. La puerta se abrió antes de que llegaran a llamar. El mismo portero grave, serio, silencioso, del día de la visita, les abrió.

El príncipe les hizo pasar y los guió a la biblioteca.

—Es un capricho mío de este momento el despedirme de todos ustedes aquí reunidos. Observen que todo lo que hay aquí es puramente, genuinamente japonés. Aquí yo me siento como si ya hubiese cruzado los océanos y me hallase a la sombra de las encantadoras montañas de mi Patria querida. Ahora me siento en mi casa, especialmente ahora que voy a distribuir entre ustedes lo más artístico y valioso de mi colección.

Descolgó un cuadro de la pared, y volviéndose hacia el duque continuó diciendo:

—Amigo mío: este es un cuadro original, y la mano que lo grabó hace cientos de años que desapareció del mundo. Es el único que queda de aquel artista.

—Señor Haviland, tenga usted este pisapapeles en forma de pagoda—continuó, cogiendo de su mesa el objeto—. Tiene el mérito de estar hecho por el famoso Kobo Daishi, y haberlo usado siete Emperadores.

—Aquí tiene usted Sir Edwand, este sable, que a pesar de su rara forma y su funda incrustada en oro, sirvió hace ciento cuarenta años a

mí bisabuelo en las luchas que sostuvo para recuperar su trono.

Usted, barón, será un día un gran diplomático, quizás llegue usted a comprender nuestro idioma. Ahora esto que le doy, quizás le parezca un rollo de terciopelo, pero es en realidad un manuscrito de muchísimo valor, procedente del monasterio más antiguo de Asia, del monasterio de Koyo-San.

Después se dirigió a la duquesa y le dijo:

—Señora, ya ve usted, que mis tapices han desaparecido; ayer fueron empaquetados y están ya camino de Devenham. Espero que encontrará usted en el castillo un sitio donde colgarlos. Son un poco más antiguos que los franceses, pues fueron fabricados hace mil trescientos cincuenta años.

El príncipe hizo una pausa.

Los allí presentes, quisieron aprovechar aquella oportunidad para demostrar su agradecimiento, y como estaban agradecidos de veras y muy impresionados por lo raro de la situación, no sabían qué decir: todos querían hablar a un tiempo.

Maiyo con un gesto más que con palabras, les suplicó que guardaran silencio.

Se acercó a una gran estatua de Buñda que tenía un precioso collar de piedras azules, se lo quitó y volviéndose hacia Lady Grace, que parecía una muerta por su intensa palidez, le dijo con voz muy suave y arrulladora:

—No le pido a usted, querida Grace, que use este collar, porque es antiquísimo, y no está hecho en la forma que exige el moderno gusto occidental, y además porque hace muchos siglos que viene siendo el adorno de nuestros ídolos orientales, pero consérvelo usted y al mirarlo se podrá acordar de vez en cuando del color del cielo de mi Patria.

Luego se dirigió hacia su mesa de escribir y con gran cuidado, con reverencia, como si fuera a coger un objeto consagrado, tomó con ambas manos una estatuilla de bronce. tos-

camente esculpida, que representaba una mujer en cuclillas con los brazos rígidos levantados en posición vertical, la cabeza inclinada hacia atrás y la vista en el cielo.

—Mi querida amiga Penélope—dijo a la americana—, para usted es el regalo de menos valor material. Esta estatua, como verá, no tiene arte, ni forma graciosa si la juzgamos con cánones del arte escultórico moderno que rigen en los países de Europa. Sin embargo, en nuestra familia, ha sido el objeto más apreciado y durante cinco generaciones, no ha salido de nuestra casa. Ha sido el símbolo de la vida de mi familia. Aunque en el Japón no somos idólatras, todos los miembros de mi familia, han doblado la rodilla ante esta figurita, y han abandonado su hogar y su Patria, en múltiples ocasiones, para ir a luchar por lo que representa. No es linda, no es graciosa, no tiene nada de bello, no vale lo que una alhaja, por su valor intrínseco no merece destinarla a regalo; pero representa a mi Patria, que para nosotros ocupa igual lugar que nuestro Dios, nuestros padres y nuestro Emperador. Desde que murió mi padre, no me he separado de ella jamás y a nadie en el mundo sino a usted, Penélope, se la regalaría

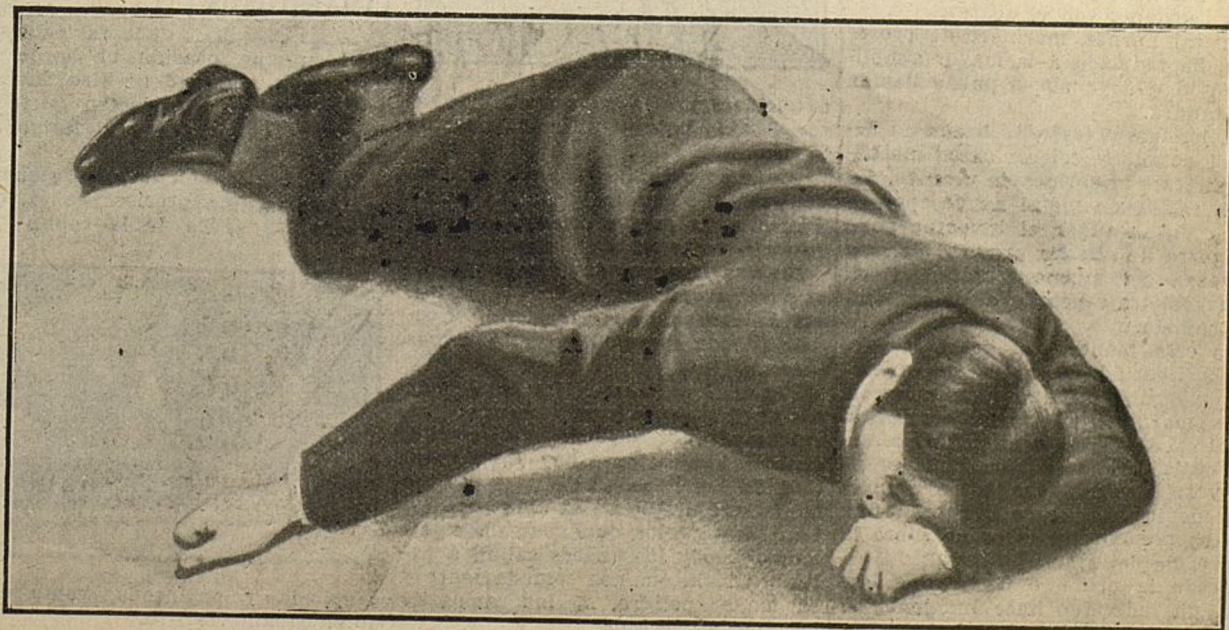
¡Guárdela en mi nombre!

Mis Morse, tomó el obsequio y en el silencio de la habitación se oyó un sollozo histérico. Todo el mundo estaba emocionado, nervioso, inquieto y mal a gusto. La mezcla de sentimientos, gratitud, amistad, simpatía, temor, recelo, cierto aire de tragedia cercana, tenía al grupo anonadado.

El príncipe era el único que no había cambiado, tranquilo, sonriente, andando de un lado para otro, decía algunas palabras que eran contestadas con monosílabos ó con miradas que decían más que una larga perorata.

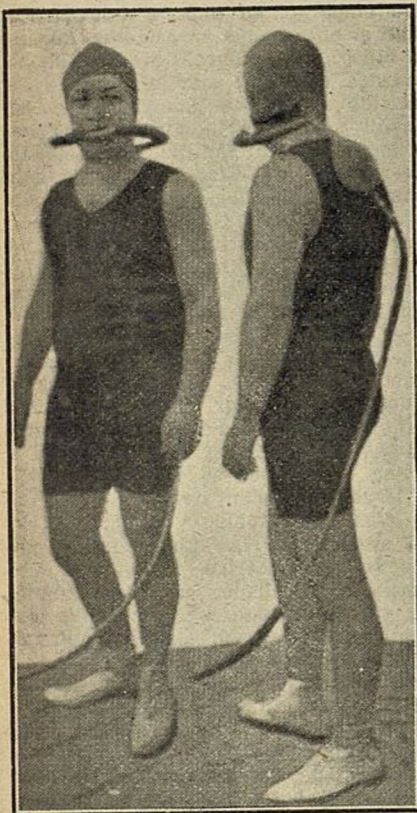
De repente, sucedió una cosa que tenía que suceder; una cosa que todos esperaban, pero que no por ser esperada les afectó menos.

Sin llamar, sin anuncio alguno, la



COSAS RARAS Y NUEVAS

Los buzos, tal y como los conocemos, prestan servicios de suma im-



INVENCIÓN UTIL

portancia; pero la escafandra es incómoda, pesada, e impide hacer ciertos movimientos. Además, es necesaria una gran precaución y una atención constante con el aparato.

Un tal Fernéz, marinero de profesión, ha reducido á la mayor simplicidad lo que ya no se puede llamar escafandra.

El ingenioso traje de buzos no lleva el pesado y colosal casco metálico, ni traje impermeable cerrado. La gran esfera de metal ha desaparecido, y en su lugar el inventor pone un gorro de caucho provisto de una mordaza del mismo material, y en lugar del traje pesado el de un simple bañista.

De esta manera, el brazo conserva la libertad de todos sus miembros y gran facilidad para moverse.

La mordaza se ajusta herméticamente y deja paso á un tubo que entra en la boca, va á parar á la espalda y se une con otro de varios metros de largo, que se adapta á una bomba neumática colocada sobre la superficie del agua.

Desde la orilla, ó desde una lancha, un individuo hace funcionar la bomba y envía aire al trabajador.

A pocos centímetros de la mordaza hay una válvula por donde sale el aire respirado, la que se cierra al hacer la aspiración, para impedir que entre el agua.

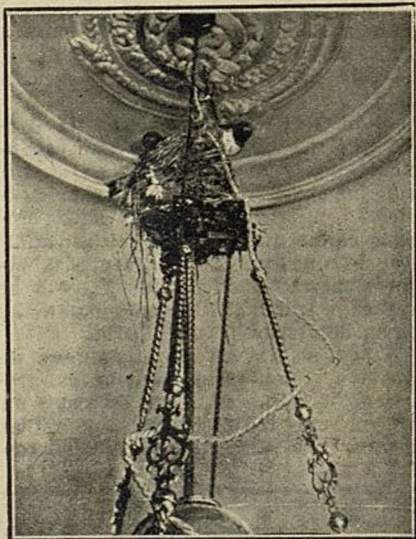
El inventor no se ha contentado con presentar el aparato, sino que él mismo se lo ha puesto y ha bajado al fondo del Sena, recorriendo el lecho del fangoso río durante largo tiempo.

Damos una fotografía de este aparato, para que nuestros lectores se hagan una idea de la sencillez del invento.

Tienen las golondrinas, desde hace siglos, fama de ser el pájaro del hogar. Si las vemos, con pena,

NIDO EN UNA LAMPARA

partir al acercarse el otoño, con alegría las vemos, meses después,



anunciándonos la primavera, preparar el nido bajo el alero de nuestro tejado.

¡Cuántas veces se ha dado el caso de que el simpático pajarillo entre dentro de la casa y construya su nido bajo techado!

En una lámpara de comedor, y en el punto donde, en un círculo en forma de corona, se reúnen las tres cadenas, una pareja de golondrinas anida.

Pronto han tomado confianza con los dueños de la casa; recorren, revoloteando, el comedor, el pasillo, cuantas habitaciones hay en la casa. Cuando las crías crecieron y no había bastante sitio en el nido para todos, los hijuelos quedaban en el cómodo nido y los padres salían á pasar la noche, menos cómodamente y en mayor peligro, en las ramas de los árboles vecinos.

En los pueblos donde el temible tigre abunda y destroza granjas y

POR MIEDO A LOS TIGRES

devora hombres á miles es muy corriente encontrar habitaciones construídas en lo

alto de los árboles, como la que se ve en el adjunto grabado. No todas están en árboles, pero hay muchas, y, sobre todo, en altos postes de madera, á varios metros sobre el suelo, para librarse de los ataques del temible felino.

Como las casas de los indígenas están hechas de débil madera, fácil le sería al tigre, con su enorme fuerza, romperlas de un zarpazo y hacer un destrozo en la familia, si la habitación estuviese al nivel del suelo; por eso, en los lugares donde abunda el tigre, todas las cabañas están construídas sobre altos postes ó en las ramas de los árboles.

No hace mucho, en la península de Malaca, un tigre penetró en una casa y mató á todos los individuos de una numerosa familia, salvándose únicamente uno, que pudo encaramarse al tejado, y desde allí tuvo que ver cómo eran destrozados y devorados padres y hermanos.

El maestro de escuela de Toggenburg, Suiza, es, además de dómine, director de orquesta, organista, bombero, relojero y agricultor.

Se dedica á la enseñanza á ratos perdidos.

Siempre han tenido las cebras fama de indómitas. Imposible parecía

CEBRA AMAESTRADA

poder utilizar tan vistoso animal para los servicios de tiro y silla. Sin embargo, se han dado varios casos, pues en una ocasión el barón de Rothschild presentó un tiro de cuatro cebras que obedecían perfectamente á las riendas y al látigo del auriga.

En la actualidad llama la atención en Londres una preciosa cebra, que recorre las calles de la capital en-



ganchada y amansada, como cualquier caballo de tiro.